



de las primeras fueron las pieles de los animales que cazaba o criaba, tanto para protegerse como para utilizarlas como envase, seguridad y conservación de sus alimentos.

En días de muchos que vivimos, la botería tuvo una importancia increíble, como medio de envasar nuestros productos, vinos y aceites sobre todo, para trasladarlos a los puntos de consumo. Constituyó un oficio de mucho relieve y de presencia ineludible en las bodegas al medir el vino para transportarlo a la estación, con objeto de reparar las averías o desperfectos de las corambres, como se llamaba al conjunto de pellejos que debía llevar cada vagón, 70 a 80, de seis u ocho arrobas cada uno, pagándose cinco pesetas diarias de alquiler por cada vagón de corambre.

En mis tiempos, que están un poco más acá de los del hombre primitivo y de los de las aventuras quijotescas y posteriores, que tanto veíamos los pellejos y a los boteros de trabajarlos a diario, nadie se preocupaba de qué y cómo los hacían y ahora resulta que era de las pieles de los machos cabríos, cosa que en Alcázar sorprende por lo numeroso de los pellejos y por lo escaso de los machos cabríos, pues se pueden contar con los dedos de las manos los hatos de cabras en la mejor época y los machos a uno por cada ganado, porque son incompatibles más de uno por aprisco, pero en otras comarcas de nuestra misma provincia, linderas con las sierras, los castraban y criaban en abundancia, tanto para carne